

Eugenia Martínez Vallejo, una invitada de peso en la corte de Carlos II

Miguel Ángel Rubio Herrera¹, Carlos Rubio Moreno²

¹ Unidad de Obesidad. Servicio de Endocrinología y Nutrición.
Hospital Clínico San Carlos. Madrid

² IES Máximo Trueba. Boadilla del Monte (Madrid)

Correspondencia:

Dr. Miguel Á. Rubio Herrera

Servicio de Endocrinología y Nutrición. Hospital Clínico San Carlos
c/ Prof. Martín Lagos, s/n. 28040 Madrid

Correo electrónico: mrubio.hcsc@salud.madrid.org

Tener bufones, enanos o locos entre la nobleza y la realeza con la finalidad de divertir, amenizar las veladas o ser objeto de risa o mofa era una costumbre ancestral (presente ya desde la época de griegos y romanos), que, lejos de suponer en muchos casos un agravio, podría considerarse como un elemento más de las formas de entretenimiento de cada época (teatro, danza, juglares, etc.).

En la España de los Austrias, los enanos y bufones que se movían por la corte solían contar con frecuencia con favores regios y disponían de aportaciones económicas para el sustento y el vestido, además de ciertos privilegios cortesanos. Mientras su función se limitaba en muchas ocasiones a entretener a los infantes para jugar con ellos (porque solían tener la misma altura), en los festejos entretenían a los invitados con sus ironías, chistes, juegos, malabarismos..., mientras que otros prestaban también sus servicios en funciones de vigilancia o espionaje. Algunos de los más populares han sido plasmados para la posteridad en cuadros de la misma importancia que los retratos reales, como los enanos de la corte de Felipe IV, pintados por Velázquez: el bufón “Calabacillas”, el enano Sebastián de la Morra, la enana “Maribárbola”, Francisco Lezcano o el “niño de Vallecas”, el bufón llamado don Juan de Austria, Pablo de Valladolid, el bufón Barbarroja... Pintar al rey o a los infantes al lado de algún enano servía, sobre todo, para realzar la figura real como centro destacado de la composición. El ejemplo más claro lo tenemos en la recreación del cuadro “Las Meninas”, donde la infanta Margarita de Austria resalta en el centro rodeada de sus damiselas, la enana hidrocefala Maribárbola y el enano italiano Nicolasito Pertusato⁽¹⁾.

En la época barroca que nos ocupa, tener un enano, una persona deforme o un loco era un elemento más de la época, casi tan decorativo como los rizos o las formas abigarradas y retorcidas de los escudos, puertas, columnas, etc. Se podría considerar al enano “un superfluo gracioso, tan inútil como cordial y ameno”⁽¹⁾.

Esta costumbre palaciega de gustos por las extravagancias y las rarezas naturales se extendió también por el reinado de Carlos II (1661-1700), donde otros bufones, enanos y locos, como Nicolasito (Nicolás Hodson o el “enano inglés”), Antonio Macarelli o Francisco Bazán fueron inmortalizados por el pintor Juan Carreño de Miranda (1614-1685), discípulo y contemporáneo de Velázquez, que fue también pintor de cámara del rey.

Carlos II fue llamado “el hechizado” por su deplorable estado físico, que se atribuía a un influjo de brujerías e influencias diabólicas. Y es que los sucesivos matrimonios consanguíneos de las familias reales española y austriaca (era hijo de Felipe IV, que se casó con su sobrina Mariana de Austria) produjeron en el heredero una salud quebradiza. Cuando sucedió a su padre en el trono a los 4 años de edad, su retraso psicomotor era muy evidente, pues apenas hablaba ni aun caminaba; hasta los 9 años no aprendió a leer y escribir, y su vida estuvo jalonada de enfermedades intercurrentes⁽²⁾.

Como ejemplo de la farándula que rodeaba la corte española, en 1680 fue llevada a palacio la niña de 6 años Eugenia Martínez Vallejo. Por sí solo este nombre no nos indica nada sin recurrir al apelativo por el que se le conocía a finales del siglo XVII, con el sobrenombre de “La Monstrua”, y que servía como elemento de feria junto a otros sujetos deformes y enanos que se mantenían para el entretenimiento de los cortesanos. Su cruel apelativo venía de sus exageradas proporciones, ya que presentaba una talla normal, pero con un peso excesivo para su edad. De familia noble, hija de Antonia de la Bodega Redonda y José Martínez Vallejo, con 1 año de edad pesaba 25 kg, y a los 6 años, cuando fue trasladada a la corte, superaba los 60 kg. Su gordura, fruto de un voraz apetito, llamó enseguida la atención, y se repartieron estampas con su descripción cual reclamo de atracción circense. El rey obligó a su pintor de cámara a retratarla y, así, Juan Carreño de Miranda pudo dejarnos unas excelentes obras que plasman toda la crudeza y realidad de este personaje y que podemos hoy día contemplar en el Museo

Nacional del Prado. En la primera obra, “La Monstrua vestida” (**Figura 1**), se nos muestra a Eugenia vestida con un traje rojo muy adornado y floreado, propio del barroco, que sobresale sobre un fondo neutro (según las características del retrato cortesano español de la época). En esta pintura, se le ha añadido una manzana en cada mano, para indicar el apetito contumaz del personaje. En contraposición, el pintor se aventuró a retratar a la protagonista de esta historia sin ropa, en el cuadro “La Monstrua desnuda” (**Figura 2**), adornada con racimos de uvas y hojas de vid, en clara alusión al dios Baco. Algunos críticos consideran esta pareja de retratos como el antecedente de las majas vestida y desnuda pintadas más tarde por Goya.

Si analizamos las características morfológicas del retrato de este personaje, es posible que dispongamos de la primera “fotografía” de la descripción realizada casi 2 siglos más tarde, en 1956, por Prader, Labhart y Willi en referencia a individuos con obesidad infantil, apetito incoercible, retraso intelectual e hipogonadismo. La obesidad extrema de la niña pintada por Carreño, las manos y pies menudos, la pequeña boca triangular y el conocido apetito que sufría nos están mostrando en imágenes, casi con seguridad, lo que sería la primera descripción del síndrome de Prader-Willi. A pesar de conocer hoy en día las alteraciones cromosómicas de esta enfermedad y la escasa utilidad de los tratamientos de los que disponemos para combatir la obesidad de carácter central, no dejamos a veces de contemplar a estos pacientes con la misma actitud de perplejidad e impotencia, cual invitado palaciego 3 siglos atrás.

Y aunque fuese catalogada como una “monstrua”, no deja de ser una ironía que el último rey de la casa de los Habsburgo



Figura 1. “La Monstrua vestida”, óleo sobre lienzo (165 × 107 cm) de Juan Carreño de Miranda (h. 1680). Museo del Prado (Madrid).



Figura 2. “La Monstrua desnuda”, óleo sobre lienzo (165 × 107 cm) de Juan Carreño de Miranda (h. 1680). Museo del Prado (Madrid).

casi podía también formar parte de las extravagancias de la época, ya que su aspecto y condición física no fueron su mejor tarjeta de visita⁽³⁾. Cuando falleció, a los 38 años de edad, su médico forense describió que el cadáver de Carlos “no tenía ni una sola gota de sangre, el corazón apareció del tamaño de un grano de pimienta, los pulmones corroídos, los intestinos putrefactos y gangrenados; tenía un solo testículo negro como el carbón y la cabeza llena de agua”. Un estudio forense de la Universidad Complutense determinó que Carlos II padecía un síndrome de Klinefelter, con posible mosaicismos, responsable de su debilidad física, de su deficiente desarrollo mental y de su hipogonadismo⁽⁴⁾, lo que explicaría también el apelativo de Carlos II “el impotente” por su incapacidad para dejar descendencia, lo que daría paso a la siguiente dinastía de la rama borbónica. Pero eso ya es otra historia.

BIBLIOGRAFÍA

1. Moreno Villa J. Locos, enanos, negros y niños palaciegos: gente de placer que tuvieron los Austrias en la Corte Española desde 1563 a 1700. México: Editorial Presencia; 1933 (accesible en internet: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/mex/46860953115138273022202/index.htm>).
2. Calvo Poyato J. La vida y época de Carlos II el Hechizado. Barcelona: Editorial Planeta; 1998.
3. Ríos Mazcarelle M. La casa de los Austrias. Una dinastía enferma. Madrid: Ediciones Merino; 1997.
4. Castillo A. Carlos II: el fin de una dinastía enferma. En http://www.arturosoria.com/medicina/art/carlos_II.asp